



**José Luis Lanuza**



## **Vuelos soñados**

El adolescente suele arrojarse en la contemplación del vuelo de los pájaros. Y su alma se imagina revolotear, ingrávida, con el ejemplo de los seres alados, llena de un apetito -a veces incurable- de cielo.

-En aquel árbol sentí por primera vez deseos de tener alas -nos confiesa Guillermo Enrique Hudson recordando su infancia en la provincia de Buenos Aires. Y con esa minuciosa lucidez que caracteriza sus relatos, detalla los pormenores de su envidia a los pájaros. Su maestro de vuelo ¿se imaginan quién fue? No lasavecillas livianas que parecen elevarse sin esfuerzo y apenas balancean la ramita en que se asientan, sino el chajá pesadón y de arranque trabajoso.

«Ave tan grande o más que un ganso y casi tan pesada como yo, cuando deseaba volar se alzaba del suelo con gran trabajo y a medida que se elevaba a mayor altura aparecía de un tamaño no -10- superior al de la calandria o al de la cachirla. Continuaba, a esa enorme elevación, planeando y dando vueltas y vueltas en grandes círculos durante horas, lanzando a intervalos gritos llenos de júbilo que, para los que estábamos abajo, adquirirían el sonido de una trompeta celestial. Yo anhelaba alzarme de la tierra como ese pesado pájaro y ascender alto, muy alto, hasta que el aire azul me mantuviera flotando, balanceándome todo el día como él, sin trabajo y sin esfuerzo. Tan seductor afán lo sustenté toda mi vida».

Vuelo semejante nada tiene que ver con el de los aviones, y sus sensaciones - murmure lo que quiera el doctor Freud- sólo las alcanzamos alguna vez en los sueños. «Sin embargo -continúa diciendo Hudson- nunca he querido viajar en globo o aeroplano, porque en uno u otro aparato estaría ligado a una máquina, sin tener voluntad o alma propia. Mi deseo ha sido satisfecho sólo raras veces, en sueños, experimentando el fenómeno llamado de levitación, según el cual uno se eleva y flota sobre la tierra como la pelusa de la flor del cardo llevada por el viento».

Pero el arte suele dar libertad a los sueños. ¿No se desquitaron de ese demorado deseo algunos pintores -11- al imaginarse los más arriesgados vuelos de los ángeles?

Leonardo imaginó aparatos de volar repetidamente fracasados. Pero el Greco voló con sus ángeles voladores. Las alas enormes todavía sacuden el aire de sus cuadros. Uno cree recibir en el rostro la ráfaga que desplazan. Da miedo su aletazo terrible.

Hay ángeles del Greco -tal vez los de una época determinada- que tienen el aspecto de grandes pájaros, poderosos, forzudos. Otros no. Sus primeros ángeles todavía no vuelan bien. Se les nota cierta pesadez de ángeles femeninos. Se los ve gravitar sobre la nube que pisan y se adivina que su agilidad es apenas la agilidad de las bailarinas. Alguno llama demasiado la atención sobre sus pantorrillas. Poco a poco -en telas sucesivas- se van espiritando, como si los ganara una especie de locura divina.

También los cielos -su elemento- se complican cada vez más en los cuadros del Greco. En el entierro del conde Orgaz insinúan la perspectiva de dobles fondos milagrosos, por los que puede aparecer -12- cualquier imagen, repentinamente. Los cielos del Greco parecen tan replegados sobre sí mismos que los ángeles menores pueden correr y recorrer cortinas de cielo sin llegar nunca al fondo. Uno siempre sospecha otro cielo a través de los desgarrones por donde los ángeles voladores invitan al maravilloso viaje de San Juan de la Cruz:

Por una extraña manera

mil vuelos pasé de un vuelo,  
porque esperanza de cielo  
tanto alcanza cuanto espera.

Sobre el paisaje de Toledo los cielos del Greco se vuelven más densos y en él se ve a los ángeles -mejor suspendidos que en ningún otro cielo- volar más a gusto y efectuar sus *looping* más arriesgados. Allí no sólo vuelan a grandes alturas sino que también se atreven a la peligrosa proximidad de la tierra. Esos caballeros tristes que asisten al entierro del conde están acostumbrados al rumor de las túnicas flotantes que a veces rozan sus rostros pálidos y al repentino pantallazo de las plumas cortantes<sup>1</sup>.

Después, el Greco les recorta las alas a sus ángeles. Los alarga, los desdibuja, los deforma en los espejos cóncavos y convexos del aire, los retuerce como llamas vivas. A veces les quita por completo las alas. El Greco parece convencido, por fin, de que los ángeles no tienen semejanza con los pájaros ni con las muchachas, y pretende pintar lo imposible, los espíritus puros.

Don Francisco de Goya ensaya la pintura de un vuelo que no es de ángeles y que nos atreveríamos a llamar un vuelo civil si no le sorprendiéramos a cada rato algo de diabólico. Vuelo civil, idílico, dominguero, es el que realizan las parejas de Chagall que pasean, ligeras como nubes, tomadas de las manos, sobre las pequeñas aldeas. Pero los vuelos de Goya no son tan inocentes. Las majas de Goya empiezan a tomar aire de vuelo en el aleteo de sus abanicos y se asoman a las altas barandas con un garbo angélico, o ensayan en el columpio enviones ascendentes. (Luego los grandes moños del pelo se les convertirán en mariposas, insignias de liviandad). Además, como maestras de vuelo -14- lanzan al aire al pelele -pichón inhábil- que vuelve a caer a la manta torpemente.

Los ángeles de San Antonio de la Florida son las más pesadas de sus majas y los de la cúpula del Pilar no pueden desmentir modales de bailarinas. Pero en cambio toda una nutrida fauna sin gravedad se desliza por el aire de los grabados y las pinturas de Goya. Pegasos absurdos o galerudos petimetres con cuerpos de pollos listos para caer en las trampas de las brujas; y las brujas -¡buen viaje!- desnudas, galopando su palo de escoba; y aquella familia del disparate del árbol, que acampa tranquilamente sobre una rama como una bandada de pajarracos.

No necesitan alas los personajes de Goya para mantenerse en el aire. Ni siquiera les es imprescindible la mágica escoba. En las pinturas murales de la *Quinta del sordo*, las últimas de su repertorio -resúmenes de su imaginación delirante- navegan las parcas -¿las parcas?- blandamente por el aire del paisaje. Y una pareja de encapuchados -visión fantástica- realiza sin contratiempos sus ejercicios de levitación. Pero la que bien vuela en el aire de Goya es la Duquesa. La Duquesa abre sus brazos y navega a vela de su mantilla. La mariposa que -15- le sirve de moño no la ayuda a sostenerse. Tampoco las brujas acurrucadas a sus pies. La acompañan por cortesía. «Hay cabezas tan llenas de gas inflamable -dice la explicación del grabado- que no necesitan para volar ni globo ni brujas».

Todo el mundo de Goya está bañado por una atmósfera sustentadora de sueños en suspensión. Casi parece superfluo que uno de sus personajes se acople unas alas artificiales, especie de paracaídas o planeador leonardesco. Todos pueden volar en el aire de Goya. En las sombras de sus dibujos aletean imprecisas alas de lechuga o de murciélago. A veces el mismo sordo se exaspera ante la obsesión volante de sus personajes. «¿A dónde irá esta caterva infernal dando aullidos por el aire entre las tinieblas de la noche?» Tal la pregunta angustiada que se formula al pie de uno de sus grabados -un vuelo nocturno de brujas o arpías- titulado *Buen viaje*.

-Camarada, descansen un poco, que es mucho pajarear este... -propone al Diablo Cojuelo el estudiante don Cleofás, fatigado de tantos viajes aéreos y dispuesto a sacudirse «el polvo de las nubes».

Porque venía de lejos el hábito de pasearse por el aire en la imaginación de España. No es el Cojuelo mal maestro de volar. Imagina largos viajes y -de pronto- se mete «por esos aires, como por viña vendimiada». Él y su camarada el estudiante se divierten con las más regocijadas aventuras aéreas. Para no pagar la posada se escapan «por la ventana, flechados de sí mismos». Y acostumbrados a tragar «leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler» cuando descansan en la tierra se burlan de todo el mundo como alegres «ciudadanos de la región etérea». ¿Qué hay de extraño en que se atrevan a arrebatarse las varas a los alguaciles que los persiguen y, levantándose súbitamente, parezcan cohetes voladores?

Cleofás y el Cojuelo son los pícaros del aire. Se encaraman en las torres más altas y desde arriba contemplan regocijados el relleno hirviente del «gran pastelón» de las ciudades.

En esos espesos y poblados cielos de España, todo el mundo puede construir su castillo en el aire. No sólo los ángeles los habitan. Los cruzan las brujas -17- que van al aquelarre. Y, por una extraña manera, los místicos. Y los traviesos estudiantes. Y la Duquesa. Y el famoso Clavileño, pegaso contrahecho. Todos vuelan, aunque sólo sea «a su parecer», según la desencantadora explicación de Rey de Artieda sobre el vuelo de la bruja:

Como a su parecer la bruja vuela  
y, untada, se encarama y precipita...

Todos vuelan. Sueñan que vuelan.

1942

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**